

Los Héroes del Desierto y la Patagonia

POR EL

General Francisco M. Vélez

Un capítulo de la historia patria: — La Patagonia sigue ignorada en el extranjero y desconocida históricamente en el país. — Disidencias geográficas sobre la Patagonia. — Situación política, económica y territorial de la república en 1878. — El problema del indio y su magnitud. — Anhelos de Alsina. — Roca y su personalidad militar. — Plan de Alsina para la conquista del Desierto; sus defectos y ventajas. — Avance de la frontera por Alsina. — La idea de Roca y su compromiso moral al asumir el Ministerio de Guerra y Marina. — Conquista del Desierto en dos etapas: *bautida del territorio y establecimiento de la frontera Sud sobre los ríos Negro y Neuquén.* — Los juicios contemporáneos y Roca. — Los historiadores y los grandes conductores de ejército. — Ante este criterio, Roca, sus cualidades y su conducta.

I

Las condiciones actuales de la población de la República y los claroscuros que presenta todavía la historia patria, escrita bajo la visión contemporánea, hacen necesario, para la consolidación del espíritu nacional, llamar la atención sobre los territorios de nuestro Sud, exhumar los héroes y mártires desconocidos u olvidados por quienes hoy gozan el fruto de sus afanes, recordar su vida, comentar sus hazañas, ensalzar sus virtudes y reclamar para ellos la veneración pública de que son acreedores.

!Y “qué cerca y qué lejos están” el ayer, envuelto en leyendas y misterios y el hoy, palpitante de realidad y promesas, de ese Sud!

Cerca en el tiempo hasta no ser sino la continuación en la vida de los pueblos. ¿Qué significan, en este concepto, los 55 años transcurridos desde *la conquista del desierto?* Casi podría decir-

se que, fuera del ambiente diplomático y del círculo de geógrafos y connacionales ilustrados, la opinión mundial no se ha dado cuenta todavía del cambio operado, ni aún siquiera en la posesión de esas tierras. Consúltense, en efecto, los textos de Geografía extranjeros, particularmente los editados con destino a instrucción primaria y secundaria, así como los distintos diccionarios, y se comprobará que en su casi totalidad la Patagonia continúa siendo una extensión desértica y sin dueño. El diccionario "Pequeño Larousse Ilustrado", editado en 1927, que tenemos a la vista, dice textualmente: "PATAGONIA, comarca de la América meridional, al S. de Chile y la República Argentina, territorio vasto y estéril.

¿Cómo no decir, pues, que no nos hemos apartado un paso en el tiempo ni en la conciencia mundial desde aquella época? Y sin embargo ¡qué lejos! estamos de la misma, si se comparan las inmensas y yermas extensiones de aquel entonces con los feraces y ricos territorios actuales, sureados en todos sentidos por vías de comunicaciones y transportes rápidos y seguros, cubiertos de labores agrícolas o rebosantes de ganados, y sembrados de ciudades y poblaciones importantes. Este milagro, entrevisto por los próceres para quienes requerimos justicia póstuma, solo ha podido realizarse merced a la tranquila posesión de esos territorios efectivizada por la *conquista del desierto*.

A menudo nos quejamos de la indiferencia pública para los gestos del patrimonio nacional, atribuyéndolo a degeneración del sentimiento que engendró la revolución de Mayo y tachonó de héroes y mártires las páginas de nuestra historia tan rica en abnegación y sacrificios. Yo diría, por el contrario, que el sentimiento patrio está forjándose en la masa argentina actual, cuya mayoría se compone de extranjeros o de vástagos de troncos exóticos que se alimentan de la tierra en que han sido trasplantados, pero que viven todavía a expensas de la savia espiritual que aportaron del país de origen. En sus hogares, formados con la vista ansiosa en la patria ausente, tanto más querida cuanto más alejada y difícil de ver, se rememoran a diario sus fastos gloriosos, se renuevan los anhelos sentidos en su seno, se reavivan la causas del extrañamiento, se añora con vehemencia el regreso y se vive en ambiente extraño al medio que los cobija, cuyos antecedentes ni se conocen ni interesan; allí únicamente llegan, en forma intermitente y atenuada,

las palpitaciones de argentinidad que sugiere la escuela o transmiten los periódicos, débil aporte que necesita largo tiempo para crear, por su solo influjo, los vínculos de solidaridad psíquica que caracterizan y distinguen a los pueblos, que los hacen amar su historia, honrar sus héroes y sacrificarse por la comunidad; que los lleva a mirar el pasado nacional como sagrado abolengo, su presente como la expresión de la propia personalidad y su futuro venturoso y grande como la más excelsa aspiración del alma humana; en fin, que los hace poseer el verdadero patriotismo, en toda la sublime magestad que este sentimiento significa.

El período de paz y seguridad que ha seguido a la *conquista del desierto*, ha provocado el prodigioso progreso experimentado en todos los sentidos por la República y desenvuelto, en alto grado, el individualismo económico en sus habitantes; pero la ausencia misma de anhelos o temores colectivos que favorecieron este progreso, ha contrariado la creación de vínculos nacionales en las nuevas generaciones de aporte extranjero que son hoy la mayoría, dando así la sensación del eclipse patriótico que se cree ver, pero que un motivo tangible haría brillar de nuevo con la potencia de 1810. La herencia racial tiene, sin duda, un gran valor para la formación del espíritu del individuo, llegando hasta predominar en su vida entera; pero el alma colectiva es hija del medio en que nace, se forma del ambiente que respira y se talla con el vigor que le imprimen las condiciones geográficas y etnológicas del suelo: en estas tierras no han nacido esclavos ni crecido siervos; hasta nuestros *pampas* mismos prefirieron morir antes que mendigar asilo fuera de sus límites, para ellos el más alto timbre de la estirpe fué *ser argentinos*.

II

La transformación del país se ha efectuado con tal celeridad y en forma tan completa que han desaparecido o son ya arcaicos algunos conceptos geográficos. A este orden pertenece el de *Patagonia*, cuyos lindes se esfuman cada día hasta no significar en el presente sino una vaga y general indicación del Sud argentino. Los geógrafos y geólogos tampoco están de acuerdo al respec-

to. Mientras unos, con E. C. H. — autor de un texto oficial de estudios secundarios — dicen que *Patagonia* es un mero concepto geográfico para designar las regiones al Sud del Río Negro, otros con Barbier — también autor de texto escolar — ponen al Río Colorado y su afluente el Río Barrancas en la hidrografía patagónica, lo que haría alcanzar dicha región hasta los 36°,10' (aproximadamente el límite Sud de San Luis) de latitud Sud. Boero — división geográfica — da el nombre de Andes Patagónicos a la parte de la Cordillera comprendida entre los 41° de latitud austral (Lago Nahuel Huapí) y el Cabo de Hornos; Kuhn — “Fisiografía Argentina” — sostiene que la Patagonia geológica, topográfica y fitogeográficamente se extiende hasta más al norte del Río Colorado, concordando en términos generales con Latzina, quien señala los ríos Colorado y Barrancas como límite Norte de la Patagonia. Y es a esta región que comporta casi el 50 % del suelo patrio, a la que nos referimos en el título de este capítulo diciendo: LOS HEROES DEL DESIERTO Y LA PATAGONIA.

Ya lo hemos dicho, el tiempo es corto pero el panorama ha cambiado totalmente. Para juzgar hoy es necesario rehacer el punto de vista de la época, crear en el espíritu del espectador el paisaje ya ido, esto es, ilustrar recordando. ¡Y cuanto tan distinto del presente es necesario recordar!

Corría el año 1878. La República restañaba todavía sus heridas abiertas en la revolución de 1874; Entre Ríos y Corrientes se agitaban aún con los síntomas subversivos de López Jordán y sus parciales; las disidencias entre el Gobierno de Buenos Aires y el de la Nación se acentuaban cada vez más; en el interior del país cada provincia tenía su problema político local que los jefes opositores procuraban resolver con el apoyo del Gobierno de Buenos Aires, agravando, si cabe, la situación del Gobierno Nacional; el desconocimiento de la soberanía argentina en el Sud por parte de Chile, había comprometido de tal manera las relaciones con esta nación que se temía el estallido de la guerra de un día para otro; el tesoro nacional estaba exhausto; la marina de guerra no existía o poco menos; el ejército, 7.000 hombres escasos, mal vestidos, peor pagados y alimentados con carne de yegua, encontrábase casi íntegramente empleado en la vigilancia de la fron-

tera Sud, estacionado a lo largo de sus 2400 kilómetros de extensión. El Gobierno continuaba pagando a los indígenas, en especies y dinero, el *tributo de paz* a que estaba obligado por tratados con ellos, mientras las aterrorizadas poblaciones de Buenos Aires, Santa Fé, Córdoba, San Luis y Mendoza, que fueron presa de la formidable invasión combinada de Naumucurá, Catriel, Baigorrita, Pincen y Araucanos terminada en Parigiül, vestían luto por sus deudos sacrificados en la tragedia y los lloraban sobre las ruinas de sus propiedades devastadas.

El dominio territorial efectivo de la Nación por el sud, fuera de la costa misma y Carmen de Patagones, solo alcanzaba hasta la línea de fortines (véase croquis N° 1); más allá era dueño absoluto el salvaje, quien no permitía tránsito alguno al cristiano argentino, pero si al chileno. Los titánicos esfuerzos de reconocimientos, conquista y ocupación realizados en aquellas regiones por la pléyade de héroes que se destacan en la empresa desde Villarino (1782) hasta Alsina (1876-77), constituían jalones de derecho para el Estado, suministraban elementos informativos eficientes sobre los mares del Sud, islas, costas, canales, puertos, limitadas comarcas ribereñas y navegabilidad del Río Negro, y agregaban laureles inmarcesibles al altar de la patria; pero a los efectos del objetivo real, la conquista, se habían perdido — como la expedición de Rosas en el año 1833 — creaban eventuales y aislados puntos de apoyo — como los establecimientos pesqueros del Sud — o establecían simplemente la base para ulteriores operaciones, papel operativo que realmente jugó en la *conquista del desierto* el avance ejecutado por Alsina en 1876.

Todo estaba pues por hacerse. El secular problema del indio, aparecido al día siguiente de fundada la ciudad de Buenos Aires y crecido con el desarrollo e importancia del país, continuaba siempre en pié y clamando solución en nombre de la vida e intereses de los habitantes, tranquilidad pública, seriedad y respeto del Gobierno; requiriéndola como condición indispensable para la desaparición del caudillaje, organización interna definitiva de la República y estabilidad de las instituciones, regularización de la hacienda pública, represión de la delincuencia, extensión del comercio, laboración de las tierras comarcanas a las líneas de frontera, establecimiento de industrias, desarrollo de la población, se-

guridad de comunicaciones y transportes, garantía de la fortuna privada, incremento de la renta, delimitación de las fronteras nacionales e integridad de la soberanía del Estado. En una palabra, en nombre de todos y cada uno de los intereses y actividades vitales de la Nación.

Bajo la presión de estas exigencias tan perentorias como impostergables y dentro del marco sombrío de la situación antes esbozada, debía encontrarse la solución que comportara el porvenir de la República, este presente que hoy disfrutamos. No podíamos contar con el apoyo de los vecinos (Chile hostil, Bolivia incapaz en ese momento, Paraguay agotado por la guerra y Uruguay imposibilitado por sus cuestiones intrínsecas) ni tampoco con el crédito exterior porque no lo teníamos: ninguna banca hubiera querido exponer su capital en manos de un gobierno en constante asecho por la subversión interna, amenazado de una guerra internacional, perteneciente a un país sin fronteras definidas, obligado por los salvajes que rodeaban su Capital a *pagarles tributo de paz* y para una empresa fracasada durante tres siglos. La solución pues, si existía, debíamos hallarla dentro de nosotros mismos y con nuestros propios medios: era necesario encontrar *el hombre*.

III

Tanto el Gobierno como el país entero sentían la necesidad y anhelaban la conquista del desierto. Pero el primero que había visto escollar sus mejores propósitos por la escases de recursos, las pasiones partidarias y la guerra con el Paraguay, sentíase perplejo ante la situación, no obstante la firme decisión y vistas del Presidente Avellaneda; en cuanto al segundo, este temblaba presintiendo las represalias de los salvajes que seguían a cada tentativa de avance.

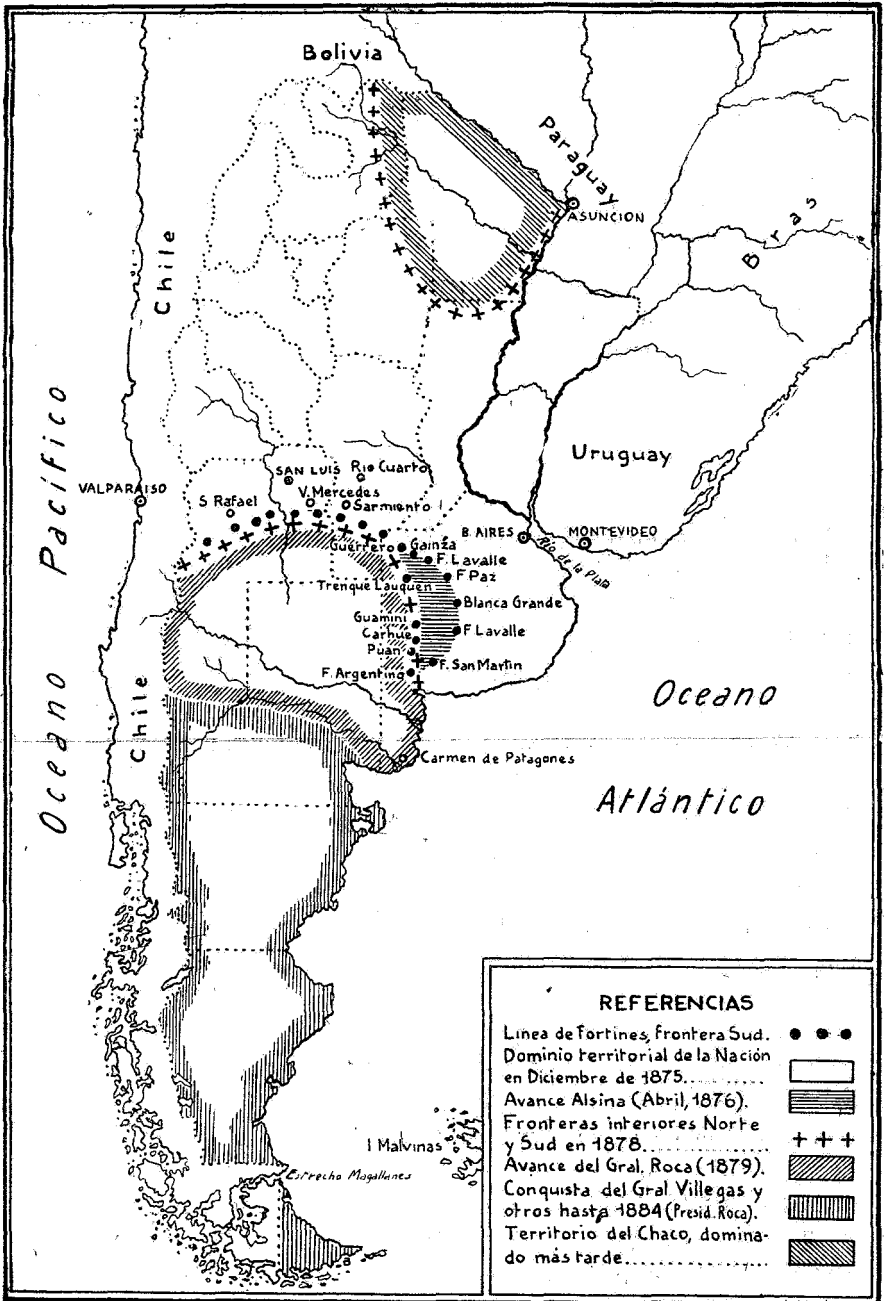
El Ministro Alsina había muerto. Su anhelo patriótico de conquistar el desierto quedaba apenas iniciado con la rectificación de la frontera que indica el croquis N° 1, pero dejando en cambio el saldo sangriento de las poblaciones sacrificadas por los bárbaros en sus ansias de esterminio y el surco profundo de sus depredaciones en las ruinas de los pueblos, estancias y campos in-

cendiados. Este gran argentino, que algunos historiadores llaman *el conquistador del desierto*, no necesita se le atribuya lo que no ha hecho para merecer el prominente lugar que le corresponde en la historia; los panegiristas suelen incurrir a menudo en estos errores que velan en vez de esclarecer la figura de los próceres, porque provocan rectificaciones no siempre prudentes y justas para no lesionar el pedestal de gloria en que están encumbrados.

El sillón ministerial vacante por la desaparición del eminente ciudadano, fué ocupado por el vencedor de Santa Rosa que aportaba a la cartera de Guerra y Marina su talento militar, prestigio, jerarquía, experiencia guerrera larga a pesar de sus 35 años escasos, conocimiento perfecto del ejército, muy profundo sobre el indio, sus recursos y modo de combatir; y, sobre todo, la visión de un iluminado y decisión de un convencido.

La personalidad del nuevo Ministro era harto conocida. Alumno del Colegio de Concepción del Uruguay donde cursó también la Academia Militar y recibió su despacho de Subteniente de Artillería en 1858, ascendió grado a grado por acción heroica o distinguida hasta el de General inclusive otorgado en premio a las condiciones de organizador y conductor puestas de manifiesto en la campaña contra el General Arredondo: sublevado este con las tropas de Cuyo y después de invadir Córdoba, dominar San Luis, Mendoza y San Juan, se atrincheró en Santa Rosa donde fué aniquilado por el coronel Dn. Julio A. Roca quien, mediante un hábil movimiento de rodeo, trocó para su sorprendido adversario en serio obstáculo de retaguardia los parapetos, trincheras y pantanos que había preparado para la defensa de su frente.

Teniente por acción heroica en Cepeda (1859), Teniente 1° en mérito de acción distinguida en Pavón (1861), Capitán (1864) en la campaña contra los indios del Chaco y montoneras, Mayor (1866) en la guerra del Paraguay y a órdenes del general Paunero contra Saa y Videla en Cuyo, Teniente Coronel (1868) en la acción contra Varela y pacificación del Norte, Coronel por la victoria de Ñaembé (1871) debida a su golpe de vista y Comandante en Jefe de la Frontera de Córdoba, San Luis y Mendoza hasta 1878, el General Roca tomó parte en todas las campañas de su época y asistió a los siguientes hechos de armas: Gepeda, Pavón, Lomaa



Blancas, Las Playas, Yatay, Toma de Uruguayana, Paso de la Patria, Estro Bellaco, Tuyuty, Yatayty Corá, Boquerón, Curupayty, Portezuelo, (1), Los Lazos (1), San Ignacio (1), Ascayuasá, Laguna Vera, Itá Ivaté, Ñaembé y Santa Rosa.

Si su valor lo destacó especialmente entre los bravos de Cepeda, Pavón y Curupayty, donde clavó la bandera del B. 6 (de su mando) en el parapeto trágico y rescató de la trinchera misma al herido Comandante Solier, su prudencia y tacto le valieron en 1868 y no obstante contar solo 26 años, ser propuesto por el Ministro de Guerra General Gainza, apoyado por el Dr. Avellaneda, para el cargo de interventor militar del Norte, lo que importaba, en aquellos tiempos, confiarle a la vez una de las más delicadas misiones políticas. Roca no defraudó las previsiones en él fundadas ni retuvo el puesto un día más de lo estrictamente necesario para terminar su cometido; nueva y rara prueba de tacto y dominio propio en un hombre joven, halagado por el éxito y mimado por la fortuna.

Sus condiciones de organizador y oenductor de tropas se evidenciaron ya en el Comando de la Frontera de Córdoba que inició suprimiendo prácticas viciosas y castigos anacrónicos, reglamentando el servicio, estableciendo instrucción militar (que no se practicaba) diaria para la tropa, regularizando los aprovisionamientos y propendiendo a la severidad de vida y preparación profesional de los Oficiales que impulsaba con el propio ejemplo y peculio; es decir, transformando las agrupaciones de desarrapados y menesterosos (2) que guarnecían los fortines, en unidades orgánicas válidas para la función a que estaban destinados.

Pero fué recién en la campaña contra Arredondo que tuvo necesidad de poner en juego el conjunto de sus altas condiciones y capacidad militar. En ella, a base de una compañía del 10 de Infantería, única tropa que le dejó la sublevación, reunió, organizó, instruyó y condujo el ejército legal, jaqueando al mismo

(1) Formando parte de las tropas destacadas en el Paraguay a órdenes del Gral. Paunero contra Saa y Videla y que, batidos éstos en Cuyo, regresaron al teatro paraguayo.

(2) Fortines hubo en que se organizaban sistemáticamente partidas de caza con la tropa veterana a efectos de proveer carne al campamento y conseguir cueros y plumas con cuyo valor adquirir yerba. Los aprovisionamientos se hacían mal o no se hacían; los sueldos... andaban peor.

tiempo y sin tregua, militar y políticamente, a su formidable contendor hasta aniquilarlo en Santa Rosa. Admira realmente la actividad desplegada por Roca para atender los múltiples detalles del servicio que debía estudiar y resolver personalmente por carecer de Estado Mayor constituido, la sagacidad de sus medidas y la oportunidad de sus movimientos. La correspondencia con el el Presidente, Ministros Nacionales, Gobernadores y Ministros de Santa Fe, Córdoba, San Luis, Mendoza, San Juan, La Rioja y Tucumán, Jefe de Policía y Jefe del Puerto de Rosario, urgiendo hombres y aprovisionamientos para remontar, equipar y armar el ejército, era, por sí sola, abrumadora; sin embargo sostenía además con estas mismas autoridades y las que le estaban subordinadas, otra de carácter político y militar para impartir instrucciones, dar directivas o comunicar informaciones destinadas a restar elementos, crear dificultades y aislar al enemigo, todo ello sin descuidar el servicio de frontera, sueldos y racionamientos a los *indios amigos* (para evitar se plegaran a los revolucionarios como el cacique Catriel lo hizo con Rivas) el manejo de los transportes y comunicaciones que corrían por su mano, así como disposiciones nominales respecto a espías sopechosos y viajeros dentro de la zona de operaciones.

Hay todavía otro aspecto de esta campaña que mide el carácter de Roca mostrando la firmeza de sus convicciones y su habilidad para realizar sus propósitos a pesar de los inconvenientes que se le opusieran. Amigos políticos del Presidente y los Ministros llevaban a éstos las informaciones que recibían del teatro de los sucesos y sus propias vistas sobre los probables resultados del combate que se esperaba, apreciaciones que variaban de una a otra según la índole de cada uno, y en las cuales no escaseaban opiniones poco favorables para el Coronel de 31 años, al mando de un ejército de reciente y apresurada formación, que debía enfrentar a un viejo y glorioso General encabezando tropas aguerridas. A estas tenidas seguían comunicaciones privadas, confidenciales y oficiales para el Coronel Roca, transmitiéndole consejos, sugerencias y directivas que eran a su vez modificadas o contradichas por las subsiguientes; llevaban así al hombre que luchaba en el terreno con la complicada y grave situación que hemos expuesto, las dudas, temores, sospechas y confusión general que de tales discu-

ciones emergían, pues la correspondencia no podía dejar de traslucir el estado espiritual del autor.

Hemos consultado más de seiscientas comunicaciones epistolares y telegráficas pertinentes, en su mayoría emanadas del mismo Coronel Roca, y en todas se manifiesta el hombre dueño de sí mismo, dominando la situación, atemperando impaciencias, desvaneciendo temores, infundiendo esperanzas, dando seguridades y requiriendo siempre los aprovisionamientos indispensables; en todo momento tranquilo, correcto y afable, pero imperturbable y firme, da la sensación de ser él quien imprime rumbo a los acontecimientos.

De esta correspondencia se desprende con igual nitidez su concepto de la subordinación muy superior al de su tiempo, sentido en que aventaja, sin parangón posible, a sus camaradas argentinos y también a los de viejos y famosos ejércitos europeos. El vencedor de la Verde y de Junín pocos días antes, contrarió abiertamente y por dos veces (3) las órdenes superiores, lo que puede ser muy heroico y cantado en poema épico, sobre todo si la fortuna aporta buen éxito, como felizmente aconteció, pero que no puede aprobarse como principio de conducción subordinada; fué este criterio equivocado del arte de la guerra quien condujo al ejército francés a los desastres de 1870-71: "Cada Comandante de tropas — dice Foch en sus Conferencias — hacía estrategia por su cuenta". Roca jamás desobedeció; tuvo el talento de colocarse siempre de manera que las órdenes le dejaran libertad de acción. Si la deficiente preparación militar de los dirigentes de las instituciones armadas creaban dificultades al desempeño eficaz de los Comandantes de tropas en campaña, él supo defender sin violencia ni vacilación sus prerrogativas y de ahí su éxito.

IV

Después de Santa Rosa vuelve Roca a su puesto de Comandante en Jefe de las Fronteras del Interior y se entrega con ahinco a sus funciones con vistas a su probable actuación como tal:

(3) Vera y González — Historia de la República Argentina — págs. 256 y 259.

reorganiza e instruye sus tropas, prepara caballadas, entabla relaciones con los indios y los estudia cuidadosamente en su vida, costumbres, medios de acción y manera de combatir; incursiona hacia el desierto, reconoce y reúne cuantas informaciones puede sobre los territorios del Sud, así como los antecedentes dejados por las expediciones que le precedieron. Cuando Alsina dió a conocer su plan de conquista, él estaba preparado y pudo discutirlo, como lo hizo epistolarmente con toda altura, pero sin que su fundamental disidencia le fuera óbice para colaborar sinceramente con su Jefe: ambos deseaban la conquista aunque diferían en la concepción del plan más seguro y eficaz.

Reducido a su esencia, el plan de Alsina consistía en constituir dos líneas defensivas en la frontera; una exterior formada por fortines a prueba de ataque indígena unidos por una zanja continua y otra interior, de 20 a 40 leguas a retaguardia, jalonda por núcleos de tropas ligados telegráficamente con la 1ª línea. La línea exterior debía ser fuertemente guarnecida y mantenerse en constante vigilancia, mientras que las tropas de la línea interior, que constituían verdaderas reservas de sector, estaban destinadas a emplearse en la zona intermedia contra las invasiones que hubieran roto la 1ª línea, o grupos de indios que se filtraran a través de ella.

El avance de la frontera se haría después por sectores sucesivos y a medida que el estado de cultivo en las tierras y densidad de población lo exigieran; mientras tanto, las tropas debían abstenerse de toda incursión sin previa autorización ministerial con el objeto de no provocar represalias por parte de los indios. (4).

Este plan defensivo, definido y completo en su concepción y que marcaba claramente el camino a seguir, no creaba, sin embargo, la seguridad que su autor se proponía, ni resolvía el problema del indio; por el contrario, lo dilataba *sine die*. Y no es que el Dr. Alsina pensara, en ningún momento, que en la defensa hubieran de jugar, la zanja el papel de la muralla china y los fortines el que correspondió a los fuertes de las fronteras fortificadas de Vauban y campos atrincherados de Rogniat, como algunos se

(4) Circular de Alsina a los Jefes de frontera y desaprobación al Coronel Lagos que hizo perseguir un malón — E. S. Zevallos. "La Conquista de quince mil leguas", pág. 319, nota al pie.

lo han atribuído; tenía demasiado talento para suponerle creencia tan infantil. El veía: en los fortines, puntos de apoyo para la defensa — en particular contra sorpresas — y en la zanja, un obstáculo para el paso, no de los indígenas precisamente, sino del ganado que por decenas y aún centenas de miles ellos arreaban en los malones y que estarían obligados a borrar, perdiendo tiempo que el ejército aprovecharía para alcanzar y batirlos.

Los defectos del plan de Alsina puede resumirse así:

a) *Debilidad de la defensa*: — Entre Fuerte Sn. Martín (Mendoza) y Carmen de Patagones (desembocadura del Río Negro) extremos de la línea de fronteras, esta medía 300 leguas (1500 k.); la segunda línea de frontera de Buenos Aires y Córdoba, 160 más (800 k.), todo en llanura. (5). Siendo el efectivo de la guarnición alrededor de 6.000 hombres, correspondían a menos de tres hombres por kilómetro de frente (2300 k.), lo que es insuficiente aún con los medios de acción que hoy disponen los ejércitos. Para los de aquella época, no cabe discutirlo.

b) *Abandono absoluto de la iniciativa de operaciones*. — Los indios atacarían donde, cuando y como quisieran.

c) *Avance fronterizo extraordinariamente lento*.

d) *Requerir grandes efectivos de tropas y por tiempo indefinido*.

e) *Nocivo para la disciplina y capacidad del ejército*. — Conocido es el efecto desquiciador de los largos estacionamientos en campaña, máxime cuando la tropa no tiene qué hacer o se destina, como era el caso, a funciones extrañas a su objeto.

f) *Muy oneroso para el Estado y el país*, en sueldos, aprovisionamientos, transportes y brazos.

Como ventaja efectiva del mismo puede citarse que cada fortín daba origen a una población y cada Comandancia en Jefe a un pueblo o ciudad (Carhué, Trenque Lauquen, Guaminí, Santa Rosa de Toay, etc.) y también que ejercía influencia tranquilizadora en el ánimo público.

El general Roca objetó, aunque con otros términos, los puntos señalados en a), b), c) y d) que son verdaderas transgresio-

(5) Olascoaga. "Conquista del Desierto", Tom. I, pág. 36.

nes a los principios que rigen el arte de la guerra, particularmente el b); el Ministro sostuvo su idea, aunque dando a entender que más tarde se proponía pasar a la ofensiva y efectuó el avance de la frontera en el sector Buenos Aires, desde Santa María, Gainza, Lavalle, Paz, Blanca Grande, Sn. Martín, a la línea Italó, Trenque Lanquen, Guaminí, Carhué, Puán, rectificando la línea de fronteras y acortándola en 50 leguas (250 k.) (6).

La idea de Roca era: Limpiar de indios el territorio al norte de los ríos Negro y Neuquén y avanzar toda la frontera, de una vez, hasta ellos. Quedaría entonces esta reducida a 70 leguas (350 k.) de longitud, establecida sobre ríos caudalosos para cuya defensa eficaz bastaba guarnecer permanentemente los pasos de Choele Choel, Chichinal y Confluencia en el Río Negro y los muy contados que ofrece el Neuquén.

Sostenía que la operación era, no únicamente factible, sino segura y rápida, y que su ejecución proporcionaría al país, además de los territorios ocupados, la posibilidad de reducir las fuerzas armadas sin menoscabo para la garantía de las fronteras ni el ejercicio de la Soberanía Nacional.

Como se ve, era un plan claro, sencillo, netamente ofensivo y con vistas a resolver el problema del indio, aunque no completo todavía porque restaban los territorios al Sud de la línea indicada, cuya idea de ocupación no parece cristalizar en la mente de Roca sino después que hubo llegado a Río Negro, y cuando su situación de Presidente de la República le impuso la importancia de esta cuestión en el orden internacional.

V

Con estos antecedentes personales, el General Roca asumió en junio de 1878 la cartera de Guerra y Marina que importaba para él la obligación moral de llevar a la práctica las ideas expuestas como Comandante de Frontera para la conquista del desierto, e inició de inmediato la ejecución del plan mencionado compuesto esencialmente de dos partes: 1ª. batida del territorio com-

(6) Carta de Alsina a Roca — “La Conquista del Desierto” — Olascoga, Tom. I, Pág. 20.

prendido entre la línea de frontera existente y el Río Negro; 2ª, marcha del ejército hasta los ríos Negro y Neuquén y establecimiento de las guarniciones sobre ellos.

No cabría aquí seguir paso a paso el desarrollo de la campaña que, por otra parte, ha sido tratada en forma completa por varios autores y, especialmente, por el Coronel Dn. Manuel J. Olascoaga en su bien documentada obra "La Conquista del Desierto"; para nuestro propósito, que es hacer resaltar la parte que cupo al General Roca en ella, bastará un ligero resumen.

Tan luego se recibió del Ministerio, Roca ordenó la *batida del territorio*. Al efecto impartió instrucciones precisas a los distintos Comandantes de Frontera, disponiendo operaran al respectivo frente con columnas ligeras que debían efectuar prolijos reconocimientos del terreno y atacar en sus guaridas a los salvajes; cada Comandante debía organizar varias columnas y emplearlas alternadamente de manera que unas se preparaban o estaban en descanso listas para marchar, en tanto que otras expedicionaban. El fin, decían las instrucciones, es hacer sentir a los indígenas en todas partes, simultánea y reiteradamente, el poder del ejército sin darles tiempo a reaccionar ni reunirse.

Para mayor seguridad en la ejecución el Ministro se comunicaba directamente con dichos Jefes regulando la acción de cada uno: indicábales detalles orgánicos y de previsión; los corregía, alentaba o incitaba según el caso, emulándolos a unos con los otros; seguía al detalle la actividad de cada fracción de tropas y requería con minuciosidad los resultados de los reconocimientos. Por este medio *vivió la situación diaria y detallada de la campaña* dominándola mejor que cualquiera de sus subordinados. (7).

Desde el 12 de julio, es decir, apenas transcurrido un mes, comenzaron a llegar los partes dando cuenta de los encuentros con los indígenas, los desastres infringidos a éstos, prisioneros hechos, cautivos y ganados rescatado (por centenares los primeros y miles los últimos) y, poco después los prisioneros mismos con sus familias, entre los que figuraban varios caciques famosos por

(7) Recomendamos consultar en la obra de Olascoaga ya citada, Tom. I, Págs. 42 a 92, las comunicaciones oficiales a los Jefes de Frontera.

la saña e impiedad evidenciada en los malones. Las faustas noticias circulaban veloz y profusamente por la República y la población alborosada concurría a los cuarteles y de más albargues de prisioneros, ansiosa por contemplar estas fieras domeñadas.

Medítese sobre el estado de las comunicaciones en aquellas circunstancias, piénsese que las tropas operaban alejándose de las cabezas de comunicaciones ubicadas en las Comandancias, (a las cuales debían hacer llegar los partes desde el desierto y por medio de jinetes a objeto de ser recién transmitidos por telégrafo) y se tendrá idea de la rapidez y felicidad con que se llevó a cabo esta parte, la más ardua, de la campaña. Con razón el público ponía en duda la veracidad de las primeras noticias, ¡tan habituado estaba a ser la víctima de los bárbaros!

Perdida la iniciativa de operaciones, sorprendidos en sus propias madrigueras, derrotados en todas partes, puestos en fuga por una columna para caer en las redes de otra, perseguidos con tesón, privados de caballos, derruidas sus tolderías y ocupadas las aguadas, los indígenas caían como palillos de billar, se sometían a la autoridad de la Nación o emigraban al Sud y al Oeste, donde muchos fueron recibidos por sus propios hermanos en igual forma y con la misma impiedad que ellos habían tratado a los cristianos.

¡Y este milagro se realizaba con los mismos recursos, tropa y efectivos que antes no bastaron para contenerlos! ¿Por qué? El secreto estaba en la guerra ofensiva. Cumplíase, pues, lo previsto por Roca cuando escribía desde Río Cuarto al Ministro Alsina: "... el mejor sistema de concluir con los indios, ya sea extinguiéndolos o arrojándolos al otro lado del Río Negro, es el de la guerra ofensiva.. El sistema actual de línea de fuertes y mantenerse a la defensiva, avanzando lentamente con la población, ya sabemos cuales son los resultados y cuales serán en adelante... Los fuertes fijos en medio de un desierto, matan la disciplina, diezman la tropa y *poco o ningún espacio dominan*... Para mí, el mayor fuerte para guerrear contra los indios y *reducirlos de una vez*, es un regimiento o una fracción de tropas de las dos armas, bien montadas, *que anden constante-*

“ *mente recorriendo las guaridas de los indios y apareciéndose-
les por donde menos lo piensen*”. (8).

Salta a la vista la oposición fundamental entre el sistema de conquista seguido por Alsina, que era la continuación del empleo desde el coloniaje hasta esa fecha y el de Roca que era su antítesis. El primero establecía que las tropas avanzaran empujadas por la densidad misma de las poblaciones que cubrían; el segundo preconizaba la Pampa libre, protegida por una frontera lejana y fuerte, que atrajera a sus llanuras feraces y seguras la población nacional y extranjera que quisiera radicarse en ella y explotar sus riquezas. Aquel sancionaba la defensiva absoluta, éste la ofensiva a toda costa; Alsina orillaba el problema secular apañándolo una vez más, Roca lo resolvía par siempre.

VI

Casi cuatro meses duró la tarea de batir el territorio, efectuar reconocimientos que sobrepasaron los ríos Negro y Limay, y practicar los levantamientos topográficos necesarios. A fines de septiembre el Ministro ordenó que las tropas pasaran a descanso, repusieran y engordaran sus caballadas harto trabajadas, y se prepararan para la gran marcha al Sud, debiendo entretanto continuar el recorrido del territorio con simples patrullas que mantuvieran la alarma entre los salvajes.

Un mes y medio antes de esta fecha y dos apenas después de haberse recibido del Ministerio el general Roca, el P. Ejecutivo sometió al Congreso (9) un mensaje solicitando un millón seiscientos mil pesos fuertes para la ejecución de la ley, dictada en 1865, que mandaba establecer la frontera en la margen norte de los ríos Negro y Neuquén; al mismo tiempo proponía la delimitación de las tierras nacionales situadas al exterior de las fronteras de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, San Luis y Mendoza, y creaba recursos para la ejecución de la Ley a base de la ena-

(8) Párrafos de la carta del General Roca al Ministro Alsina, fechada el 19 de octubre de 1875 en Río Cuarto, en los cuales hemos subrayado lo que se cumplió al pie de la letra. Olascoaga, Tom. I, Págs. 15 a 20.

(9) Agosto 14 de 1878.

jenación de las mismas tierras. La nueva Ley fué sancionada el 4 de octubre, comunicada el 5 al P. E. y publicada por éste el mismo día: con esta celeridad manejaba el Ministro cuanto se refería a la campaña.

Con igual diligencia procedió a preparar el avance de la frontera dictando instrucciones generales y particulares para cada columna, fijándoles punto inicial y fecha de partida, ritmo de marcha, zona de exploración y de reconocimiento, objetivos parciales y punto a alcanzar; por este medio mantuvo en su mano la ejecución operativa, sabiendo en todo instante la situación respectiva de sus tropas.

Como algunos escritores, con el ánimo de magnificar esta expedición de suyo trascendente, afirman que el ejército marchó ciego hacia lo desconocido, lo que implicaría un grave cargo técnico de comando, cargo que ellos no han previsto ni intentado formular, aconsejamos se consulte, en el tomo I de la obra del coronel Olascoaga varias veces ya citada, que contiene insertada a la letra, la siguiente documentación oficial que prueba cuanto afirmamos: — Batida General del Territorio Indígena, págs. 42 a 92. — Diario del Cuartel General y Primera División de Operaciones, págs. 127 a 238. — Instrucciones para la 2ª. División de Operaciones, págs. 241 y 242; para la 3ª. División de Operaciones, págs. 271 y 272; para la 4ª. División de Operaciones, págs. 277 y 278; para la 5ª. División de Operaciones, págs. 361 a 363.

Quedó así planeada la expedición que se inició en abril de 1879 con cinco divisiones operativas: 1ª. División. Comandante en Jefe, general Dn. Julio A. Roca; Jefe de Estado Mayor, coronel Dn. Conrado E. Villegas, desde Puan el 30 de Abril. 2ª. División, a órdenes del coronel Dn. Nicolás Levalle, desde Carhué el 5 de mayo. 3ª. División, al mando del coronel Dn. Eduardo Racedo, desde Sarmiento y Villa Mercedes (San Luis), el 10 de abril; 4ª. División, bajo las órdenes del Tte. Coronel Dn. Napoleón Uruburu, desde fuerte San Martín el 21 de abril. 5ª. División, al mando del coronel Dn. Hilario Lagos, el 2 de mayo y en dos columnas; una a las órdenes directas de dicho jefe, desde Trenque Lauquen y la otra mandada por el teniente coronel Dn. Enriqu Godoy, desde Guaminí.

El croquis N° 2, tomado de la carta de Olaseoaga y completado con los partes de los gefes contiene en extracto la marcha de estas unidades hasta sus puntos objetivos que fueron: 1ª. División, Choele Choel; 2ª. División, Trarú Lauquen; 3ª. División, Poita-güe; 4ª. División, el Río Neuquén hasta su confluencia con el Limay; 5ª. División, columna Lagos, Malal o Toay (se estableció en Luan Lauquen, inmediatos a dicho lugares, por ser mejor paraje); columna Godoy, Naincó o Aincó, como lo designa este gefe en sus comunicaciones.

Este croquis es altamente ilustrativo porque muestra el concepto operativo que regía los movimientos del ejército. Si se observan las fechas indicadas en el mismo, se notará que las Divisiones de ala forman una tenaza cuyos garfios se apoyan respectivamente en los ríos Colorado y Neuquén, cuando las restantes divisiones se hacen sentir de los indios por su marcha al centro de la zona; y que esta tenaza se cierra sobre el Río Negro, simultáneamente con la ocupación por dichas Divisiones de sus objetivos de marcha. Como además la 1ª. División se hizo preceder con fuertes destacamentos y patrullas que remontaron ambas márgenes del Río Colorado y ligaron su acción con la 4ª., se explica que solo pudieron escapar del cerco los indígenas que habían emigrado con anterioridad a la marcha del ejército.

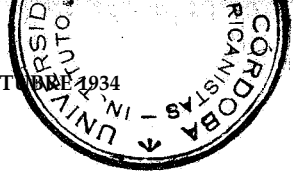
Quedó así consumada la ocupación y trasladada la frontera Sud a los ríos Negro y Neuquén. Con ello el general Roca cumplió ampliamente el compromiso moral contraído al decir, en su carta del 19 de octubre de 1875 ya citada: “Yo me comprometo — ría, Sr. Ministro, ante el gobierno y ante el país, a dejar realizado esto que dejo expuesto — ocupación de las mencionadas líneas — en dos años, uno para prepararme y otro para ejecutarlo... Una vez limpio el desierto, el Gobierno Nacional tendría suficiente con cuatro o cinco mil hombres; economizaría anualmente algunos miles, y podría legislar con toda libertad sobre él, hasta las márgenes del Río Negro, por donde, estableciendo una guarnición en Choele Choel, podría comunicarse el Carmen de Patagones con las fuerzas de la Cordillera”. Desde el Ministerio lo realizó en menos de un año.

Requerido por las necesidades de la Cartera de Guerra y también con objeto de apresurar los aprovisionamientos de las tropas

acres frutos aún gusta el mundo. Que Napoleón, el genio de la guerra, encausó la revolución francesa limitando sus excesos y colocó a su patria sobre el pedestal de glorias marciales más estupendo que han conocido los siglos; pero que devastó la Europa, empobreció la Francia y legó a la humanidad una herencia que ha sido liquidada a costa de regueros de sangre y vida de pueblos. A muy contados, como a César, Wáshington, Bolívar y San Martín, les reconocen haber fundado obra estable para el propio país y la humanidad, con la particularidad para el segundo y el último, de haber tenido la virtud de hacerla con absoluta prescindencia de interés o predominio personal.

Apliquemos también a Roca este cartabón filosófico utilitario de los historiadores y requirámosle, ya que la documentación y proximidad nos permite, no solo la obra en sí, cuyo volumen y significación quedan ya esbozados, sino hasta las cualidades personales puestas de manifiesto al realizarla; su vida y costumbres resisten el examen más escrupuloso.

Desde Cepeda hasta Choele Choel — como siguió hasta el fin de sus días — fué soldado de la República, sostén del orden y apoyo de la autoridad federal, sin que la menor claudicación haya empañado el brillo de su espada o lesionado la disciplina; subalterno, dió ejemplo de subordinación conciente; camarada, generoso y abnegado siempre, socorrió al compañero necesitado o lo rescató con riego de su vida en el combate; superior, prudente y afable en todo instante, representó la más avanzada tendencia moderna de atender, instruir, educar y conducir las tropas sin permitir desviaciones en el mando o tolerar abusos públicos o privados a la sombra de la situación jerárquica. Profesional ilustrado por propia investigación, se alzó muy por encima de los Oficiales que lo rodeaban y tanto en el conocimiento de las ciencias militares como en las normas de procedimiento y sobriedad de hábitos: la crítica acerba de que le hicieron blanco sus enemigos políticos, jamás pudo enrostrarle un acto de violencia, el sacrificio de una vida o daño a la propiedad ajena — cosas frecuentes en aquella época de turbulencia apasionada — como acto deliberado o de precipitación; su presencia fué en todo momento, dentro y fuera del campamento, garantía de respeto a las buenas costumbres, de orden, de decencia.

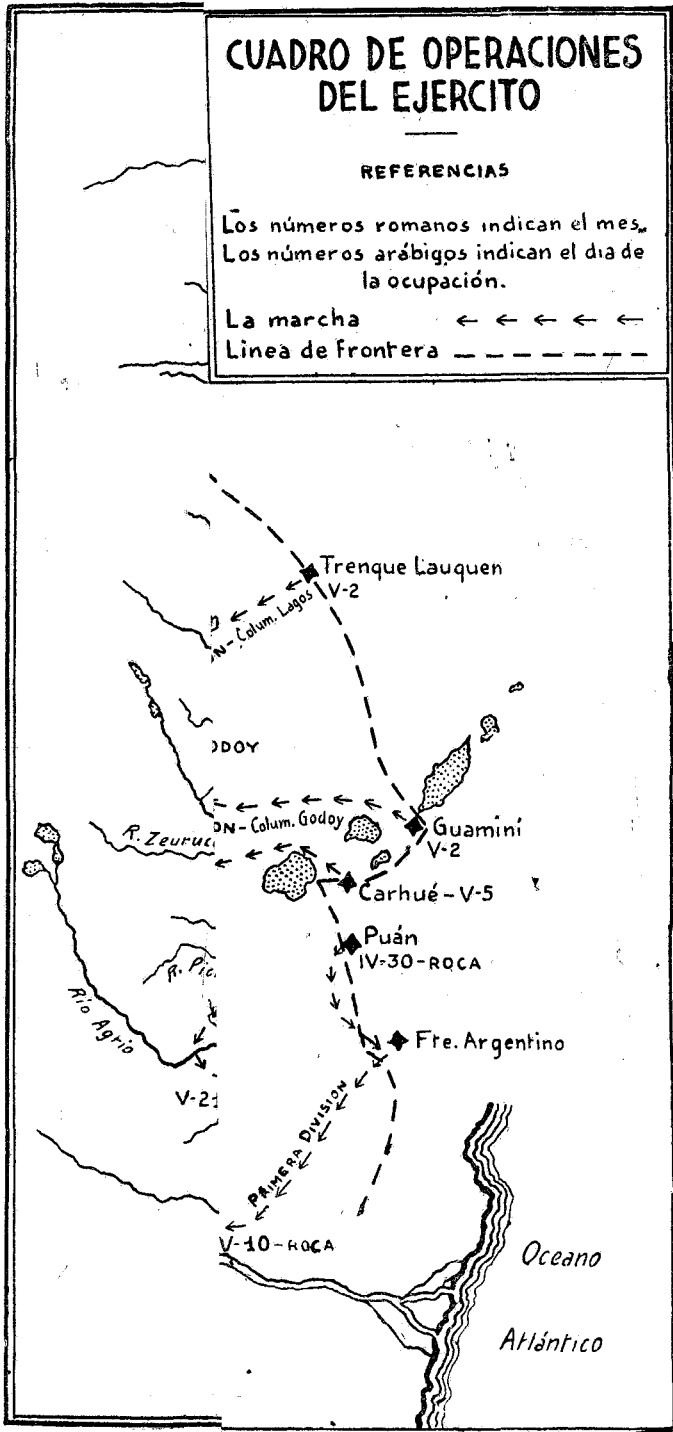


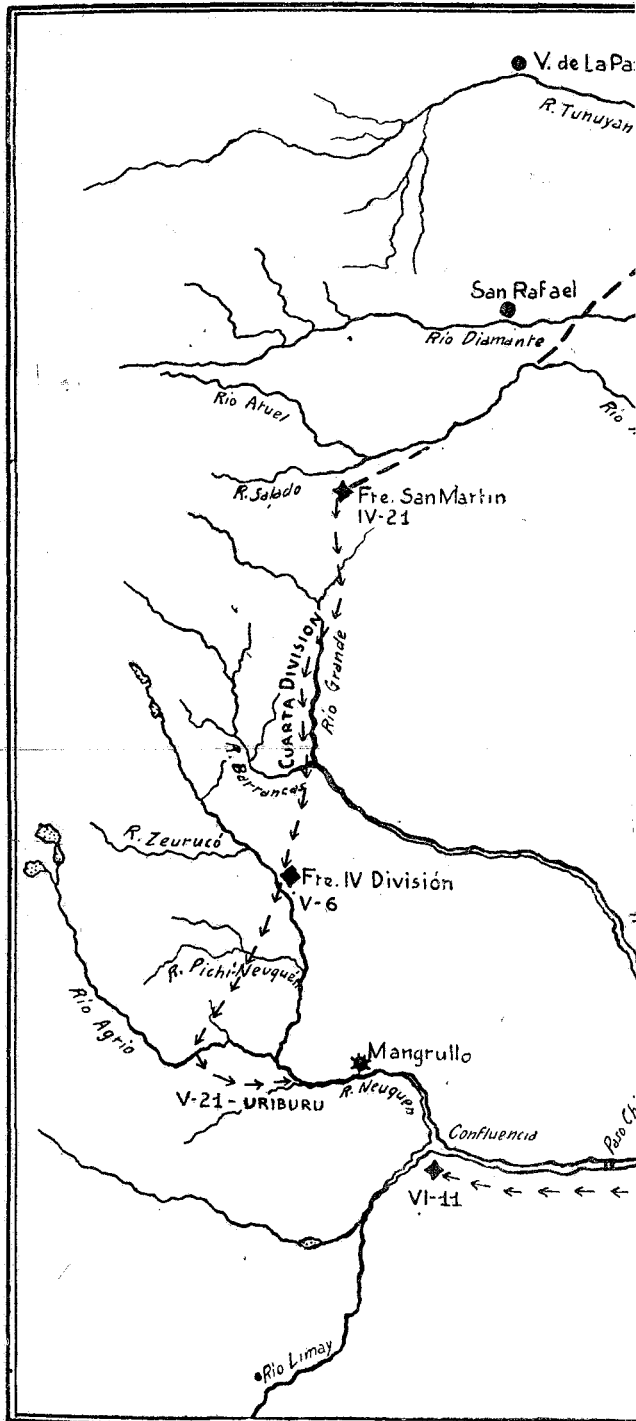
CUADRO DE OPERACIONES DEL EJERCITO

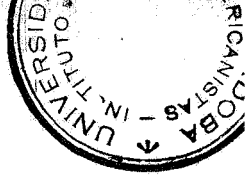
REFERENCIAS

Los números romanos indican el mes.
Los números arábigos indican el día de la ocupación.

La marcha ← ← ← ← ←
Línea de frontera - - - - -





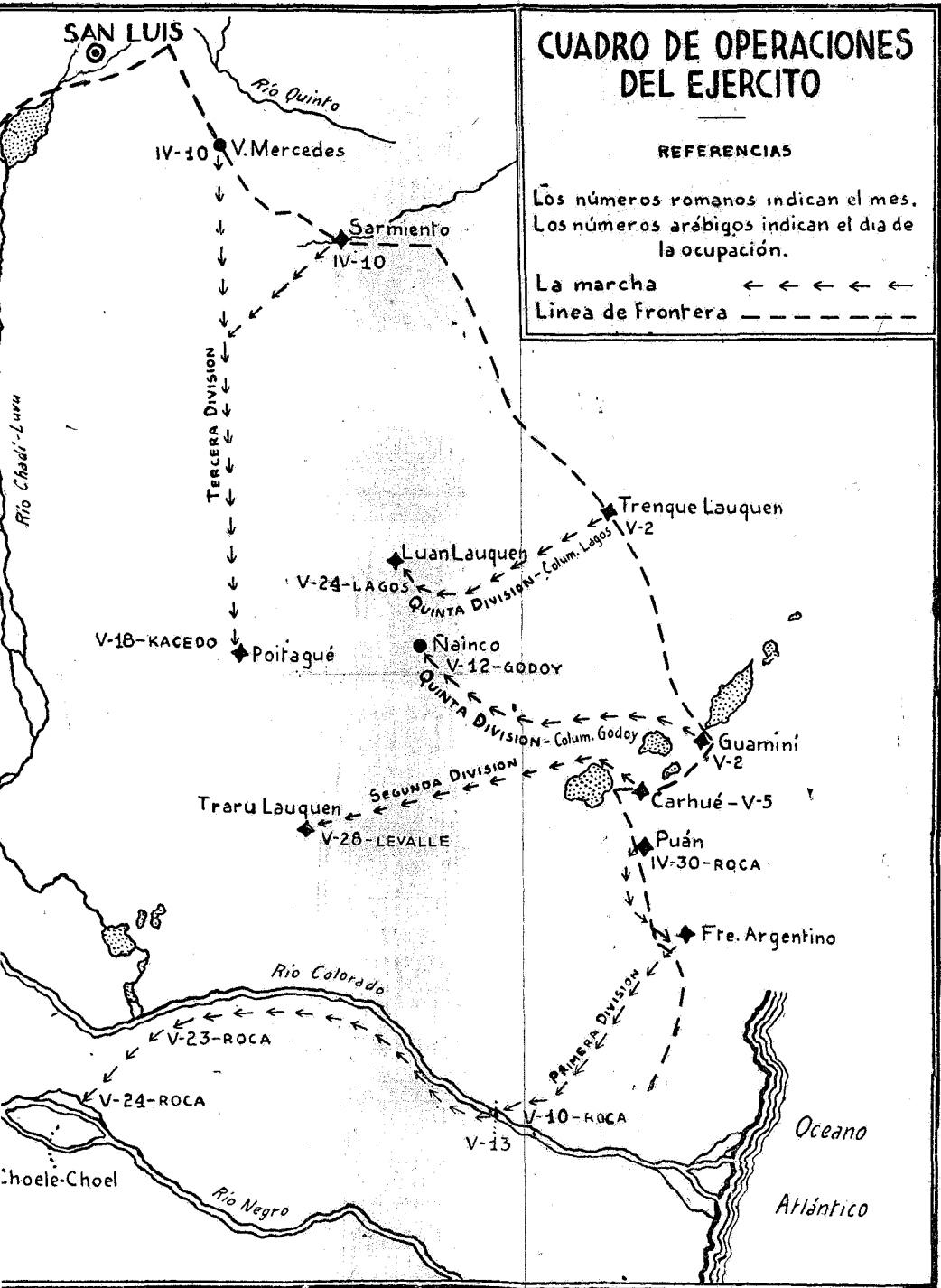


CUADRO DE OPERACIONES DEL EJERCITO

REFERENCIAS

Los números romanos indican el mes.
Los números arábigos indican el día de la ocupación.

La marcha ← ← ← ← ←
Linea de frontera - - - - -



a
g
l
p
e
h
A
t
y
n
c

c
l
s
s

Así laboró la obra que ha dejado a la patria, obra que ha evitado ríos de sangre y lágrimas a los argentinos, que ha permitido el saneamiento de la heredad nacional, la constitución definitiva de la República y la ocupación del puesto que ésta tiene hoy en el concierto de las naciones; obra que subsiste y se agiganta cada nuevo día con el progreso de los territorios que él conquistara, y cuya magnitud marca una etapa en la vida del pueblo argentino y los destinos de América del Sud.
